

FACTORES QUE INCIDEN EN LA IDENTIDAD NACIONAL

Por Víctor Brens

Concepto de Identidad

La identidad solo puede ser entendida ubicada en un contexto multidimensional que comprende: lo existencial, lo histórico, lo espacial y lo socio-cultural. Estas dimensiones interactúan en el tiempo-espacio, configurando en el individuo la simbología afectiva que es compartida en grupo y que le propicia conductividad estructural movilizandó la acción esperada dentro del grupo. La acción desprendida de esta situación permite al individuo satisfacer necesidades de tipo sico-social (seguridad, cooperación, fidelidad, sentido de pertenencia) que se sostienen en un sistema de "roles esperados", a la vez que le permiten satisfacer expectativas de un comportamiento y una valoración del grupo de pertenencia.

La identidad es un sentimiento psico-social que genera seguridad con los ideales del grupo en que se vive; esto es, desarrolla los afectos afines al grupo al que se pertenece. Por tanto, la identidad es el efecto de internalizar los valores y hacerlos propios subjetivamente en la acción constructora de la realidad dentro de la estructura social, lo que a la vez demanda del individuo sentimientos de lealtad y ofrece a cada uno un sentido de pertenencia en los grupos en que se vive.

La estructura social ofrece grupos en ampliación, desde los primarios hasta los secundarios, arreglados de manera natural y funcional a fin de que ofrezcan al individuo una gradual pertenencia de los grupos más íntimos y concretos a los de relaciones más formales y abstractas. Por esta característica que va afín a la naturaleza misma del hombre es que la identidad es aditiva, o sea que:

"Podemos pensar que diacrónicamente y a manera de un "tipo ideal" una persona primero desarrolla su identidad en su familia, sin excluir la identidad con la familia el individuo pasa luego a identificarse con la comunidad; luego, manteniendo su identidad con la fa-

milia y la comunidad pasa a identificarse con otros grupos, instituciones... y con su patria”.

“Este proceso de desarrollo de la identidad se da mediante la identificación con los subgrupos de que cada uno de estos niveles (familia, comunidad, clase y nación) está compuesto. Por ejemplo al nivel de la comunidad esta identificación se da con la parroquia, con los grupos de juego, con la escuela, con la pandilla, etc. En la patria la identidad se da con los partidos políticos, con el Estado y sus ejecutivos y con sus símbolos históricos y patrióticos”.

“Esto nos indica que el individuo va pasando, al desarrollar su identidad, por un proceso en que los grupos se van ampliando desde la identidad primaria (formando un grupo el niño con la madre) hasta los grupos más amplios, la patria, la humanidad. En este proceso, por lo tanto, la identidad es aditiva”.¹

La identidad es un producto del proceso de reflexión y observación simultánea que perdura durante la vida del individuo. Este resultado del proceso de reflexión-observación permite que el individuo se juzgue a sí mismo según percibe que los otros juzgan, comparándose con ellos y en términos de una tipología significativa cuando se producen los sentimientos para responder a las expectativas. Sobre todo, ante los tipos que han llegado a ser importantes y significativos para el individuo este siente que responde al grupo y al recibir las gratificaciones y castigos termina desarrollando los afectos de alta carga emocional que lo acunian y lo hacen ser y sentir como el grupo quiere. Todo esto se da a nivel del inconsciente y forma parte de la realidad subjetiva.

Concebida la identidad de esta manera, podemos inferir que los factores que la configuran son de orden histórico, geográfico, (espacial) y social.

Los componentes se desprenden desde su factor más fundamental que es el social, dado que siempre estamos haciendo alusión a una relación de interacción del individuo o del individuo dentro del grupo. Desde esta perspectiva los componentes de la identidad -en todo caso variables- que se despejan en función de lo que el grupo exige y ofrece serán: lealtad, sentido de pertenencia y sistema de recompensa.

Los indicadores que nos permitirían conocer las subjetividades del individuo con respecto a los componentes son:

Indicadores de la Identidad

Componentes	Indicaciones
Lealtad	Sacrificio Fidelidad Colaboración
Sentido de pertenencia	Afinidad Cooperación
Sistema de recompensa (satisfacción)	Seguridad Reconocimiento

Pienso que para los fines de esta conferencia podríamos dar por entendida la concepción de identidad en términos generales.

Identidad a nivel de la nación

Al hablar de identidad nacional es necesario dejar en claro qué es lo que se entiende por nación, desde el punto de vista de los agrupamientos sociales. Según el sociólogo mexicano Lucio Mendieta y Núñez los agrupamientos sociales son de dos tipos: grupos estructurales de la sociedad y cuasi-grupos estructurales de la sociedad. Los primeros se caracterizan porque están organizados y porque hacen parte o integran la estructura social. Caben en esta clase: la horda, la familia, el clan, la tribu, la confederación de tribus, la casta y el estado.

Los cuasi-grupos estructurales tienen como característica la carencia de organización aunque ofrecen cierta coherencia que hace que

se destaquen dentro de la sociedad como partes integrantes de su estructura. Son cuasi-grupos estructurales la comunidad, la nación, la clase y la masa.

A pesar de que no constituyen grupos organizados, de extensión y límites perfectamente definidos, los cuasi-grupos estructurales presentan características suficientes para distinguirse de cualquiera otra forma de organización social y se ofrecen a la observación en evidente existencia propia, si bien íntimamente relacionada con el cuerpo social de que forma parte.

La nación es pues un cuasi-grupo estructural dentro de la tipología que hemos mencionado; se le puede considerar como un tipo especial de comunidad en el sentido concreto de este término, es decir, como un agrupamiento de personas en una unidad, en la cual la convivencia crea entre ellas ciertas costumbres, ciertas ideas semejantes, ciertos valores y ciertos intereses comunes que con el transcurso del tiempo le dan una serie de características materiales y espirituales suficientemente marcadas como para diferenciarlos de los miembros de otros grupos sociales. Se puede hablar y de hecho se habla de la comunidad nacional. En la nación crecen y se acentúan algunos rasgos de la comunidad. Ella es, pues, una comunidad evolucionada, perfeccionada y consolidada. Esto sólo se logra en el momento en que la comunidad ha excedido las dimensiones puramente locales y ha cobrado una cierta importancia en la esfera política. Es en este momento cuando el apelativo de nación o nacionalidad se le puede aplicar. El tamaño es un importante aspecto del fenómeno. Como punto de partida podemos decir que cualquier grupo de gente caracterizado por un esquema de similitud cultural no puede ser denominado una nación, a menos que haya desarrollado una comunicación suficientemente amplia entre las unidades sociales más pequeñas existentes dentro del área. Así, una comunidad aldeana de los trópicos, basada en el parentesco y suficientemente aislada de otras comunidades aldeanas de la misma, que tiene solo una comunicación escasa con ellas y que ha desarrollado un dialecto distinto, no puede ser considerada una nación; más bien es considerada como viviendo en una etapa de parentesco, en una etapa tribal o en una etapa pre-nacional. Esto significa que el grupo nacional no tiene la misma edad de la humanidad ya que aunque su existencia es bastante antigua, presupone una civilización bastante avanzada con una amplia comunicación entre las unidades sociales más pequeñas dentro del área. Un cierto número de civilizaciones del mundo antiguo -las de China, India, Persia, Mesopotania, Judea, Egipto, Grecia, -así como cierto número de civilizaciones avanzadas en la época pre-colombina sin

duda alguna pueden ser consideradas como si hubieran alcanzado la etapa de nación. Otras civilizaciones pre-modernas, las de origen celta, germano, semítico, eslavo y turánico y ciertas sociedades pre-coloniales de Africa, pueden ser consideradas como si hubiesen estado en camino hacia la formación de una nacionalidad. Otras sociedades primitivas y cuasi-primitivas han permanecido en etapa prenatal de desarrollo hasta nuestros días.

La nación moderna es el resultado de una serie de factores que convergen hacia un mismo centro. En algunas ocasiones una dinastía realizó la unidad como en el caso de los Borbones en Francia; en otros la voluntad directa de las provincias como en Holanda, Suiza, Bélgica; en otros un espíritu general tardíamente vencedor de los caprichos del feudalismo, como ocurrió en Italia y Alemania o un imperativo dirigido hacia la obtención de un propósito posterior, como en el caso de España en la cual se alcanzó la unidad nacional con los Reyes Católicos bajo el imperativo de la reconquista.

La nación, sin embargo, es una realidad a medias, incompleta. Es una tendencia, un respirar colectivo hacia algo estructurado y concreto. En sí misma la Nación permanece latente, pasiva, indefinida. Su culminación en los tiempos modernos es el Estado. Cuando la nación toma conciencia de sí misma, surge el Estado. La nación es el constituyente primario del Estado. Así, "un Estado nacional es siempre basado en la nacionalidad pero una nacionalidad puede existir sin un Estado nacional. Un Estado es esencialmente político; una nacionalidad es primariamente cultural y sólo incidentalmente política."

La nacionalidad al igual que el patriotismo es un fenómeno social muy antiguo. Siempre ha existido, tal como historiadores y antropólogos lo atestiguan, entidades humanas que pueden ser llamadas apropiadamente nacionalidades; así como ha habido desde tiempos antiguos el amor al país o a la tierra nativa a lo cual se ha denominado patriotismo. La nacionalidad es un término que no permite una definición precisa, sin embargo, evoca aquellas características, cualesquiera que puedan ser, que al prevalecer dentro de un grupo social y al distinguirlo de los demás nos inclinan a considerarlo un pueblo aparte. Su significado, muy cercano del grupo étnico, está denotando una condición mental entre miembros de un grupo nacional; en él la lealtad al ideal o al hecho de su propia nación es superior a todas las otras lealtades y el orgullo de tal nacionalidad, así como la fe en su excelencia intrínseca y en su misión son partes integrales. Las características que más se mencionan como distintivas de los grupos na-

cionales son el idioma común, la tradición común de mores y cultura y la conciencia de los miembros del grupo de que ellos componen una sociedad culturalmente distinta (lo propio de la nación).

El estudio de la identidad nacional que emprenderemos ahora, una vez definido el grupo social que nos servirá como unidad de análisis, versará sobre la formación de la conciencia que poseen los miembros de tal grupo, ya que ella es uno de los determinantes del comportamiento de cada uno de sus integrantes. Derivada del concepto general de identidad, la identidad nacional debe entenderse como el doble proceso mental de la reflexión y observación mediante el cual los integrantes del grupo nacional se juzgan a sí mismos a la luz de como perciben la manera en que los otros, integrantes o no de su grupo, lo juzgan comparándolo con ellos. De esta manera cada integrante dará respuesta a la búsqueda de una autodefinición, es decir a la pregunta ¿quién soy?, dentro de contexto social amplio de su nacionalidad. Tal pregunta sólo puede ser respondida por una comparación de mi grupo nacional con otros grupos de características suficientemente distintas al mío.

La identidad nacional, al igual que los demás tipos de identidad analizados, es creada mediante el proceso de socialización cuyo punto de partida es la internalización, esto es, la aprehensión de acontecimientos objetivos que expresan significados en cuanto son una manifestación de los procesos subjetivos de otro que en consecuencia se vuelven subjetivamente significativos para su propia autodefinición. De hecho, las características que se atribuyen a la nacionalidad (lenguaje común y cultura común) son transmitidas por medio de la socialización primaria. Se da a entender que el lenguaje no es el único sistema de signos accesible objetivamente más allá de la expresión de las intenciones subjetivas existen, además, sistemas de signos gesticulatorios, de movimientos corporales pautados, de diversos grupos de artefactos materiales y así sucesivamente. La socialización implica el aprendizaje de estos sistemas de signos y de la manera como ellos deben ser utilizados en los procesos de comunicación e integración.

La identidad nacional, al igual que todas las demás identidades, es la culminación de un proceso que se inicia en las primeras etapas del desarrollo del individuo. De ella hacen parte todas las identificaciones de tipo patriótico que el niño va asumiendo en toda su vida. En la primera infancia, como ya se ha visto, el niño se identifica con su madre mediante sentimientos de confianza y reconocimiento mutuo. Es esta primera experiencia la génesis de las futuras identificaciones y la raíz de todas las identidades. Sin embargo, en esas primeras eta-

pas el niño ni puede identificarse con símbolos u objetos nacionales. Su atención está dirigida hacia sus padres con los cuales está altamente identificado. Por otra parte, el mundo que lo rodea aún no le presenta alternativas que le exijan descargar sus sentimientos de lealtad sobre objetos, personas o grupos distintos de los que encuentra en su hogar. A medida que el niño va llegando a la edad escolar (en toda sociedad existe algún tipo de sistema educativo institucionalizado, aunque este no sea del tipo escuela utilizado en las sociedades modernas) va incrementando su conocimiento de algunos de los símbolos nacionales. Especialmente la bandera y el himno patrio en las sociedades modernas, o el totem en las sociedades primitivas. Aunque no entiende muy bien su significado, la aprehensión de tales símbolos viene acompañada por ciertos sentimientos de respeto y veneración, los cuales se originan en la observación del comportamiento de sus mayores y en la aceptación y cumplimiento de normas e instrucciones específicas extendidas por ellos con el objeto de pautar su comportamiento en las situaciones en que se encuentre frente a tales símbolos. A la par que esto sucede, el niño desarrolla una disposición y un anhelo de hacerse grande en el sentido de compartir obligaciones, disciplina y actuación. Está ansioso por hacer cosas junto a otros y compartir tareas de construcción y planeamiento, observa los roles de los adultos y quiere imitarlos, tanto en ocupaciones que puede comprender (bombero, policía, etc.) como en papeles de autoridad, dignidad o gobierno (padre, cura, etc.). Pero no es sino hasta la edad escolar cuando el niño comprende, mediante el conocimiento de las tradiciones históricas, el alcance y significado de los signos patrios.

Es en esta etapa de su desarrollo en la que internaliza el significado de terminos como el heroísmo, sacrificio, privación, patriotismo y fidelidad a unos valores abstractos de su nacionalidad. Mediante la exaltación y ejemplificación de la vida de los hombres ilustres de su nación se van internacionalizando sentimientos de orgullo y satisfacción por el hecho de pertenecer a una comunidad nacional que ha producido hombres virtuosos en el campo de las artes, la ciencia, la guerra... Poco a poco el niño va encontrando que existe un mundo mayor que su pueblo, comunidad, (vecindario extenso) y que en este mundo existen otras comunidades de gentes que poseen una similitud cultural y una misma tradición histórica y que también ellas se encuentran orgullosas y satisfechas de hacer parte de su nacionalidad. Por otro lado, el niño aprende que existen personas investidas de autoridad a las que se les debe respeto y consideración. Que tal autoridad es conferida por alguna divinidad o sustentada por la aceptación y el sometimiento de los componentes de su grupo social y que se debe guardar lealtad y sumisión a tales autoridades para evitar el

riesgo de ser sancionado. Mediante recompensas y castigos se va pausando el comportamiento del niño y se lo va ajustando a un conjunto de actitudes socialmente aceptadas.

La adolescencia es la etapa más definida y consciente del desarrollo del individuo y es en ella que se lleva a cabo la cristalización de la identidad en general y dentro de ella la de la identidad nacional. En este período el adolescente busca ansiosamente y de la manera más ferviente hombres e ideas en los que puedan tener fe, la elección de una ocupación, la selección de un estilo de vida y la búsqueda de algún tipo inspirador de unificación que junte la tradición que conoce con las ideas e ideales anticipados que se ha formado, ocupa la mayor parte de su tiempo. Durante este período, los adolescentes buscan la ayuda de su pares formando pandillas y estereotipándose a sí mismos tanto como a sus ideales y a sus enemigos; también ponen a prueba constantemente la capacidad de cada uno de ellos para mantenerse leales a ciertos objetos, personas o grupos en medio de los inevitables conflictos suscitados por los valores. Esta puesta a prueba implica la toma de decisiones en cuanto a la identificación con una ideología o doctrina de vida cuando ante ellos se presentan varias alternativas. El individuo se verá atraído por aquellas doctrinas que concuerden con los ideales que se han formado, de lo que deberá llegar a ser en un futuro no muy lejano cuando haya adquirido la adultez. Aquí juega un papel muy importante la socialización, al ofrecer al joven creencias, ideologías y doctrinas aceptadas socialmente. Dentro de ellas se destaca el nacionalismo como una fusión emocional moderna, como una concepción mental que se ha desarrollado gracias a la urgencia activa de perpetuar y fortalecer los vínculos nacionales por medios diversos que incluyen los políticos. Al decir que el surgimiento del nacionalismo es relativamente nuevo, no se está desconociendo los ejemplos de aparición de nacionalismo en tiempos anteriores entre grupos grandes de poblaciones. Muchos autores concuerdan en encontrar fuertes indicios de nacionalismo entre los antiguos judíos y griegos. Se encuentran otros indicios del mismo en Persia, Cartago y la antigua Roma. Pero durante siglos las civilizaciones helenística y romana, los imperios romanos y bizantino, la cristiandad y después el Islam, ejercieron una fuerte influencia, integradora y asimiladora que fue de tal magnitud que bajo el impacto de sus valores hizo declinar el nacionalismo sin que este desapareciera por completo.

La existencia de grupos sociales cuyos miembros presentan similitud y coherencia suficientes entre ellos y diferencias suficientes respecto a los miembros de otros grupos para garantizar un reconoci-

miento objetivo como tal, como ya se ha mencionado, es un hecho casi universal de la historia desde sus principios. Las naciones o nacionalidades, esto es, los grupos sociales más que locales, cuyas características y mores decisivamente influyen en las estructuras políticas, constituyen un fenómeno casi tan antiguo como extendido. Pero la conciencia de pertenecer a una nación, unida a la necesidad de mantener y fortalecer los vínculos nacionales, es relativamente nueva. Fue la excepción más que la regla, más una concepción mental de las clases gobernantes o educadas que un movimiento de masas, hasta principio del siglo XIX en Europa e incluso hasta ahora en varias partes del mundo.

Es pues mediante la socialización que se va infundiendo en el joven la conciencia de su nacionalidad como una urgencia de preservar unas tradiciones históricas y de mantener los valores compartidos por la mayoría, si no por todos los integrantes del grupo social; como un imperativo para fortalecer o crear la unidad del grupo y para lograr la cohesión e integración social que asegure su supervivencia; como una necesidad de defender unos intereses selectivos ante la posibilidad próxima o remota de interferencia o agresión por parte de otros grupos sociales; como una manera de obtener la realización de ideales individuales mientras estos no entren en oposición con los intereses grupales a los cuales habrá que sacrificar todo interés particular contrapuesto.

A mi entender la identidad tiene tres factores fundamentales: la historia, la geografía y la sociología; o sea, son variables fundamentales el espacio, el tiempo y la simbología. Desde ahí que la identidad nacional puede integrarse en un saber a la historia, a la geografía y a la sociología.

El carácter nacional y su producto, la cultura, en cuanto realidad sustantiva es histórica, es geográfica y es social.

Histórica en cuanto a que el individuo en su interacción temporal con los otros y los objetos hace representaciones y al buscar las relaciones entre las diferentes representaciones -estableciendo una continuidad entre ellas, otorgándole los sentimientos y subjetividades- le imprime el sentimiento de mismidad produciendo un sentido de pertenencia a los hechos que llegan a caracterizarlo en los roles que dan el sentimiento de lo mío y lo nuestro. Lo importante en lo histórico es el establecimiento de continuidad de las representaciones con sentimiento de pertenencia.

El aspecto geográfico, espacial comprende la relación entre las diferentes partes del individuo en interacción con los objetos físicos que se dan en el espacio geográfico: montaña, río, flora, fauna, monumentos... cosas... Este vínculo de integración a la vez que permite el contraste de las cosas (de los objetos) permite la comparación facilitando así la integración del individuo con esos objetos -comida, movimiento...- que contribuyen con el ingrediente social al desarrollo de una simbología.

Lo social permite la integración de lo temporal y lo espacial; o sea, la interacción histórica del individuo con los objetos y cosas fuera de sí, de esta forma podemos decir que dicha interacción permite la identificación proyectiva que es la que produce la identidad.

El factor histórico en la identidad

Podemos señalar que a medida que aumentan los caudales de conocimientos, datos e informaciones disminuye la capacidad individual de poder internalizar, comprender, compartir y familiarizarse con los aspectos de dichos conocimientos. Esta limitación humana afecta a la historia y afecta a la identidad nacional.

Afecta a la historia porque el conocimiento profundo de nuestro pasado y la familiaridad con los hechos más relevantes, así como el conocimiento histórico emotivo de dichos hechos, se hace más difícil y se convierte en materia de especialista. Se aparta esta familiarización con el pasado de la masa del pueblo. Entonces ese pueblo necesita identidad nacional y tiene que buscarla, dándose así como una consignación de hechos que, cargados con el efecto emotivo de lo nacional, robustecen la conciencia que tienen los pueblos de ser lo que son. O sea, la historia sentida robustece la identidad nacional. Por tanto, para que exista identidad nacional se requiere un ingrediente histórico subjetivo que confrontado con la actual realidad y vivencia permite al individuo -generación tras generación- crear unos patrones que configuran el carácter nacional, gracias a la identidad desarrollada por la interacción con los hechos concatenados que nos permiten visualizar la lucha que por significar y mejorar al grupo nacional han tenido todos nuestros antecesores.

En términos sociológicos, los profesores de historia deben tener conciencia de la diferencia existente entre conocimiento informativo y conocimiento identificativo. El conocimiento informativo no deja huella en nuestro proceder, está apartado. O sea, es un conocimiento objetivizado y sin mayores efectos en nuestra socialización social.

conocimiento identificativo forma parte de nosotros, está adherido a nuestra subjetividad y cargado de emociones; es un conocimiento vibrante. Este tipo de información histórica forma parte de la identidad nacional y contribuye a la identidad. Se puede explicar esta relación, de que la historia con informaciones identificativas contribuye a la identidad nacional, partiendo del supuesto de que el carácter nacional y la conducta de los pueblos- gracias al proceso de socialización -no es consecuencia de causas sincrónicas y pretéritas; sino que es consecuencia de la continua referencia a ese mismo pasado en donde juegan, consciente o inconscientemente, un efecto acuñador las tradiciones y hechos históricos. Estos hechos compartidos por los grupos bajo un estado lo configuran propiciándole una idiosincracia propia que lo caracteriza de otro grupo nacional.

Por otro lado, se puede comprender el efecto de la historia identificativa, dado que hoy está demostrado científicamente que en un Estado nacional todas las causas que concurren para fraguar un período histórico vienen de otro período. Y a la vez, dicho período presente que contiene el pasado se inician las causas que influirán en el período histórico subsiguiente; lo que nos dice que existe una simbiosis de causalidad que hace referencia al pasado y que no se interrumpe como causa de lo que ocurre en el presente. Desde aquí podríamos concluir que todo lo que ocurre tiene alguna ligazón con causas del pasado.

Esta relación del individuo con el pasado interactuando con el presente es lo que configura el carácter nacional; es lo que da identidad nacional. Pero para que esto ocurra, los hechos históricos, las informaciones históricas así como las tradiciones... tienen que pasar de generación a generación con informaciones identificativas que provoquen en el individuo el sentimiento de pertenencia; o sea, para que se pueda generar la subjetividad de lo "mío", "lo nuestro", "lo mío" frente a otros Estados nacionales, es necesaria la cohesión creada por la carga subjetiva y de sentimiento que genera al penetrar la persona en el contenido. Al identificarse así, la conciencia del yo y de nosotros como pueblo, se genera la identidad nacional.

Factor geográfico espacial:

Imaginémonos que a nuestro país (Rep. Dominicana) le quiten las montañas, desaparezcan el cambrón en la línea noroeste y sur, los conucos en el Cibao, las grandes explotaciones en el este y sur central.

Las gentes sentirían que han perdido parte de sí; dirían, como exclaman los samanenses* de 30 años y más, “nosotros perdimos nuestro terruño”. Es que la geografía o mejor, el espacio, provee vinculaciones con símbolos que dan sentido a la vida. Los objetos y los otros hombres en interacción producen sentimientos sico-sociales que según su significación y por el fenómeno de causa-efecto, en los diferentes momentos de alta carga sentimental, se convierten en símbolos que son los que le dan sentido a su medio ambiente y permiten que el individuo llegue a ser él mismo.

Este aspecto espacial tiene una significación relevante dado que, de ser internalizado el objeto-símbolo, perdura creando un símbolo con sentido y significado para la vida del individuo. Cuando estos símbolos pierden significado el individuo hasta llega a cuestionarse si la vida tiene sentido o no. Esta simbología que incluye: pradera, monumentos, flora, fauna, comida... produce un estilo de vida. El rompimiento de estos símbolos puede alterar el estilo de vida originándose la pérdida del significado simbólico y en consecuencia perdiéndose la conexión entre el pasado y el presente lo que podría producir, a su vez, la pérdida del significado o sentido de la vida. ¡Cuántos adultos trasladados del campo a la ciudad no han perdido el sabor de vivir! y, constantemente añoran sus simbologías rurales en su terruño.

Los símbolos hay que valorarlos y apreciarlos, no sólo como una cosa sino como parte de los que interactuando con ellos le dan sentido a su vida.

Debemos advertir al “modernismo espacial” de los problemas de desajuste y conflictos psico-sociales que crean los traslados masivos, las remodelaciones totales de tugurios y áreas marginadas, ya que, un individuo sin una adecuada conexión entre su pasado y su presente, despojado de su simbología significativa, le pierde sentido a la vida, rompe su identidad pudiendo crearle situaciones de patología psico-social.

Por otro lado, debemos advertir a los planificadores urbanos y sociales, así como a los trabajadores sociales y muy especialmente a los geógrafos, para que pongan atención en el establecimiento y logro de puntos de equilibrio óptimo que a la vez que estimule la creatividad de la sociedad le enriquecen con nuevos elementos físicos, espaciales, y de otras categorías; de esta manera se evitaría el resquebrajamiento del consenso y la integridad de la persona.

* Samaná, capital de provincia del mismo nombre, situada en región noroeste de la Rep. Dom., la cual fue totalmente remodelada en 1975.

Debo señalar que el espacio cuando cobra sentido por efecto del proceso de socialización del individuo se cambia de un espacio objetivizado a un espacio de pertenencia; pasa de un área geográfica a "mi terruño". Este proceso es el que permite que se dé una identidad local o comunitaria cuando se está en el propio estado nacional y, cuando se sale de él, este mismo sentimiento en función de los símbolos nacionales -interactuando con los símbolos locales- es el que permite una clara identidad nacional. Al pensar en la patria, fuera de ella, lo primero en que piensa el individuo es en el monumento, en la calle del Sol, en la loma Diego de Ocampo, en el barrio donde viví, en la calle tal, en mi casa..., en fin hay una caracterización espacial. En un segundo momento esta concretización espacial toma movimiento por efecto del tiempo o, mejor, de la historia y comienza a producir escenarios y representaciones con alta carga de sentimiento para el individuo. Este sentimiento es uno de los factores de la identidad nacional.

Por lo que hemos señalado, la geografía puede destruir la historia y los geógrafos deben tener muy presente el aspecto temporal en interacción con el individuo para que lo significativo de la concatenación de hechos -me refiero a lo espacial y lo temporal- no se pierda.

Factor social

El individuo desarrolla su identidad gracias al proceso de socialización el cual media entre el individuo y la sociedad.

La socialización es el proceso de internalización y aprehensión que permite al individuo incorporarse a la sociedad gracias a que recibe unos símbolos sociales: conducta, gestos, lenguaje... que a la vez que surgen de la interacción la facilitan adaptando el organismo individual a las actitudes organizadas de los otros y, así, el individuo al reaccionar provoca otras actitudes organizadas en los demás individuos de la comunidad. Esto permite la comprensión de los propios semejantes y la aprehensión del mundo.

La socialización como proceso es lo que permite la incorporación del individuo a la sociedad. Sabemos que el individuo no nace miembro de la sociedad, sino con predisposición o vocación a ser miembro de la sociedad. Gracias al proceso de socialización le son impuestos unos valores y unos significantes que él a la vez supera y transforma en sus subjetividades.

El proceso de socialización recibe su mayor efecto de la familia, la comunidad y sus instituciones (iglesia, escuela, pandilla...).

Es natural que el aspecto social de la identidad es sustantivo y que es el factor base de la identidad.

Debemos señalar que la familia y las instituciones socializadoras de la comunidad están siendo afectadas por el modernismo. La madre en el trabajo es un caso que conduce a que el niño desde muy temprano comience a interactuar con agentes socializadores secundarios: escuela, jardines de infantes... perdiéndose la interacción con padres, abuelos y parientes cercanos. Este efecto despersonaliza las historias y los cuentos productores de identidad, así como las explicaciones espaciales geográficas que se recibían de abuelos, tíos y allegados. Esta situación origina una ruptura del continuo de los hechos y puede producir una identidad con los factores objetivizados que se imparten en los centros secundarios socializadores.

A mi creer los trabajadores sociales son los profesionales que están llamados a jugar un papel fundamental investigando los factores sociales perturbadores de la identidad. Sin embargo, hemos dejado este tipo de análisis y estudio, como si estos profesionales hubiesen perdido su identidad y no sepan cuál es su misión en el contexto. Así vemos la televisión, la música, la radio, los letreros, las audiovisuales, creando distorsiones y originando futuras perturbaciones en la conductas sociales de quienes se incorporan como miembro de una nación que podrá no ser.